

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El dolor de muelas del Tío Wiggily

Érase una vez un niño que tenía dolor de muelas. No era una muela muy grande la que le dolía y, la verdad, era bastante sorprendente cómo un dolor tan grande se había metido en una muela tan pequeña. Al menos eso pensaba el niño.

—¡Pero no voy a ir al dentista a que me lo saque! — exclamó el niño, tapándose la boca con la mano—. ¡Y tampoco voy a dejar que nadie en esta casa me lo saque! Así que ya está.

Echó a correr y se escondió en un rincón. Las chicas no son así cuando tienen dolor de muelas, sólo los chicos.

—A lo mejor no es necesario sacar la muela —dijo Mamá al mirar al niño y ver cuánto le dolía.

—¡Eso es! —exclamó la Abuela, que intentaba pensar en alguna forma de ayudar al niño—. Tal vez el dentista pueda hacerte un agujerito en el diente, Sonny, y rellenar el agujero con cemento, como el hombre rellenó el agujero de nuestra acera, y entonces todo tu dolor pasará.

—¡No, no voy a ir al dentista! ¡Te digo que no iré! — exclamó Sonny. Y creo que dio un pequeño pisotón en el suelo. Puede que viera una tachuela y quisiera golpearla con el zapato. Pero me temo que fue un pisotón, y después el chico se arrepintió.

Pero, en cualquier caso, la muela seguía doliéndole, y era de las que se llaman "saltarinas", porque era peor en un momento que en otro. A veces el niño pensaba que el dolor le saltaba de un lado de la lengua al otro, y otras le parecía que le saltaba hasta el paladar.

El dolor de muelas parecía incluso dar volteretas y saltos mortales, y una vez pareció saltar hacia atrás. Pero nunca saltó del todo hacia afuera, que era lo que el niño deseaba que hiciera.

—Será mejor que me dejes llevarte al dentista —dijo su Madre—. Te arreglará la muela para que no te duela más, o te la quitará para que te crezca una nueva. Y, en realidad, el dolor que pueda causarte el dentista será sólo un poco, y todo acabará en un momento. Mientras que tu muela puede dolerte toda la noche.

—¡No, no voy a ir al dentista! ¡No voy a ir! —exclamó Sonny, y de nuevo actuó como si hubiera una tachuela que hubiera que clavar con el pie en la alfombra.

Por aquel entonces, el tío Wiggily Orejaslargas, el señor conejito, salía saltando de su cabaña de troncos huecos en el bosque para ir en busca de aventuras. Pero, por el momento, el Tío Wiggily no sabía nada del niño con dolor de muelas. Eso llegaría un poco más tarde.

—¿Vas a estar fuera mucho tiempo? —preguntó la Nana Jane Fuzzy Wuzzy, la señora rata almizclera, el ama de llaves, al señor conejo.

—Sólo el tiempo suficiente para vivir una bonita aventura —respondió el Sr. Orejaslargas, y se marchó dando saltitos en su muleta a rayas rojas, blancas y azules, con

la nariz rosada y centelleante sostenida delante de él como el faro de un tren chu-chu.

Sucedió que la cabaña del Tío Wiggily no estaba lejos de la casa donde vivía el Niño con Dolor de Muelas, aunque el niño nunca había visto la casa del conejo. Había vagado a menudo por el bosque, casi enfrente de la cabaña del conejito, pero, al no tener el tipo de ojos adecuado, el niño nunca había visto al Tío Wiggily. Se necesitan ojos muy agudos para ver las criaturas de los bosques y los campos, y para encontrar las casitas en que viven.

En cualquier caso, el niño nunca se había fijado en el Tío Wiggily, aunque el señor conejo lo había visto a menudo. Muchas veces, cuando vas por el bosque, los animales te miran y te observan, cuando tú ni siquiera sabes que están allí.

Y muy pronto el Tío Wiggily pasó saltando por delante de la casa donde vivía el Niño con Dolor de Muelas. Y justo entonces, por décima vez, Mamá dijo:

—Será mejor que me dejes llevarte al dentista y que te quiten ese dolor de muelas, Sonny.

—¡No! ¡No! ¡No quiero! Su... supongo que pasará solo — dijo el niño, esperanzado.

El Tío Wiggily, escondido entre los arbustos frente a la casa del niño, se sentó sobre sus patas traseras y centelleó su rosada nariz. Gracias a un nuevo, extraño y



maravilloso poder que poseía, el señor conejo podía oír y entender el lenguaje de los niños y las niñas, aunque él mismo no podía hablarlo. Así que al Tío Wiggily no le costó ningún trabajo saber lo que decía aquel niño.

—Tiene miedo; así es el niño —se dijo el tío conejo, apoyándose en su muleta de rayas rojas, blancas y azules—. Tiene miedo de ir al dentista y que le empasten o le saquen esa muela. Es muy tonto por su parte, porque el dentista no le hará mucho daño y pronto dejará de dolerle. Me pregunto cómo puedo hacer que ese niño se lo crea. Parece que ni su madre ni su abuela pueden.

El Sr. Orejaslargas oyó que Mamá y la Abuela intentaban que el niño con dolor de muelas las dejara llevarlo al dentista. Pero el niño sólo negaba con la cabeza, y creía clavar tachuelas en la alfombra con el pie, y se tapaba la boca con la mano. Pero, mientras tanto, el dolor seguía doliéndole cada vez más y saltando, brincando, dando vuelcos, retorciéndose, girando y dando volteretas, casi como un payaso de circo.

—¡No! ¡No! ¡No voy a ir al dentista! —exclamó el niño. Entonces el Tío Wiggily tuvo una idea. Podía mirar por la ventana de la casa y ver al niño. Delante de la ventana había un lugar cubierto de hierba, cerca del borde del bosque, y muy cerca había un viejo tronco, con la forma casi del sillón de la consulta de un dentista.

—Ya sé lo que voy a hacer —dijo el Tío Wiggily—. Haré como si tuviera dolor de muelas. Iré a buscar al Dr. Zarigüeya y me sentaré en esta silla de tronco. Entonces

le diré al Dr. Zarigüeya que haga creer que me arranca un diente.

“Supongo que, si la Nana Jane estuviera aquí, se preguntaría de qué serviría. Pero yo creo que servirá de mucho. Si ese niño me ve a mí, un señor conejo, sacándome una muela, que es lo que creerá ver, puede que se anime a ir al dentista. Lo intentaré”, pensó el Tío Wiggily.

El Tío Wiggily saltó hacia la oficina del Dr. Zarigüeya.

—¿Qué te pasa? ¿Reumatismo otra vez? —preguntó el médico de animales.

—No, pero quiero que vengas y me saques una muela —dijo el Tío Wiggily, guiñando un ojo y centelleando su nariz rosada de forma suspicaz.

—¡Sacarte una muela! Vaya, si tienes los dientes bien —dijo el Dr. Zarigüeya.

—Es para darle una pequeña lección a un niño —susurró el conejo; y entonces el Dr. Zarigüeya guiñó un ojo, de manera comprensiva.

Poco después, el Tío Wiggily se sentó en el viejo tronco que parecía una silla, y el Dr. Zarigüeya se puso a su lado.

—Abre la boca y enséñame qué muela es la que te duele —dijo el Dr. Zarigüeya, igual que un dentista.

—Muy bien —respondió el Tío Wiggily, y, por el rabillo del ojo izquierdo, el señor conejo pudo ver al Niño con Dolor de Muelas en la ventana mirando hacia fuera. El niño vio al conejo y al Dr. Zarigüeya junto al viejo tronco, y vio que el Sr. Orejaslargas abría la boca y señalaba con la pata un diente.

—¡Oh, Mamá! —gritó el niño, muy emocionado—. ¡Mira! Hay un gracioso conejo, todo vestido y con un alto sombrero de seda, al que le están sacando un diente. Abuela, ¡mira!

—¡Bueno, ya lo creo! —murmuró la anciana—. ¡Qué maravilla! No sabía que los animales tuvieran dolor de muelas.

—Oh, supongo que de vez en cuando sí —dijo la Madre del Niño con Dolor de Muelas—. ¡Pero mira qué valiente es ese señor conejo! ¡No le importa que el dentista de animales le quite el dolor! Qué curioso.

Ni la Abuela ni la Madre dijeron nada a Sonny. Los tres se quedaron mirando por la ventana al Tío Wiggily y al Dr. Zarigüeya. Y, mientras miraban, el Dr. Zarigüeya puso una cosita brillante, como un gancho para botones, en la boca del señor conejito. Dio un pequeño tirón y, un momento después, levantó algo que brillaba al sol. No era más que un trozo de cristal, que el Tío Wiggily había sostenido en la pata preparado para esta parte de la pequeña obra, pero parecía un diente.

—¡Bueno, he de admitirlo! —rio la Abuela—. ¡Al conejito le han sacado un diente!

—Y no parece importarle en absoluto —añadió Mamá.

El Tío Wiggily saltó del improvisado tronco del dentista y, con su muleta para el reuma a rayas rojas, blancas y azules, se puso a bailar un poco de jiggy-jig con el Dr. Zarigüeya.

—Este baile es para demostrar que ni siquiera duele que te saquen una muela; mucho menos que te la empasten —dijo el conejo.

—¡Ya entiendo! —rio el Dr. Zarigüeya. Y mientras él y el Tío Wiggily bailaban, miraron de reojo, y vieron al Niño con Dolor de Muelas de pie en la ventana observándolos.

—Bueno, nunca, en todos mis días, vi un espectáculo como ese —exclamó la Abuela.

—Yo tampoco —dijo Madre—. ¿No es maravilloso?

Sonny se quitó la mano de la boca.

—Su... supongo, Madre —dijo, mientras veía al Tío Wiggily saltar sobre su muleta de la manera más feliz—.

¡Supongo que iré al dentista, y haré que el dolor de muela se vaya!

—¡Hurra! —gritó suavemente el Tío Wiggily, que oyó lo que decía el niño—. ¡Esto es justo lo que quería que pasara, Dr. Zarigüeya! Nuestra pequeña lección ha terminado. Ya podemos irnos.

El conejito se fue a contarle a la Nana Jane la extraña aventura, y el doctor Zarigüeya, con su bolsa de polvos y pastillas en la cola, donde siempre la llevaba, regresó a su despacho.

Sonny fue al dentista y pronto le arreglaron la muela para que no le volviera a doler. Apenas sintió lo que le hizo el dentista.

—No... no sabía lo fácil que era hasta que vi cómo le sacaban la muela al conejo —le dijo el niño al dentista.

—Mmm —dijo el dentista, sin comprometerse—, ¡algunos conejos son muy graciosos!